

El XIV Congreso de Filosofía

Rafael Carías

Fin de verano en Viena. La brisa fresca empujaba a lo largo del valle del Danubio los restos del estío. En el teatro de la Opera, en un escenario profusamente decorado con hileras de laureles y macetas de flores, el Canciller de la República, señor Klaus, saludó a los participantes evocando el ambiente armonioso y musical de Austria y deseando que se encontrara una fórmula mágica para la unidad y la comprensión.

El XIV Congreso Internacional de Filosofía quedaba inaugurado. Dos años de cuidadosa preparación. Tres mil participantes anunciados. Cinco volúmenes de cerca de un millar de ponencias.

Aunque las figuras mayores no suelen asistir a tales eventos, se hicieron, sin embargo, presentes destacados filósofos alemanes: el discípulo de Heidegger, Eugen Fink; el historiador de la Filosofía, Hermann Ley, de la Universidad Humboldt de Berlín, y G. Funke, de Maguncia, exponente de la fenomenología.

Se había previsto a continuación del Congreso una serie de conferencias dictadas por invitados especiales. Entre ellos, Bertrand Russell, Georg Lukacs, Jean Paul Sartre, H. Bloch, Gabriel Marcel y Viktor Frankl. Los tres primeros tuvieron inconvenientes de última hora. Los estudiantes preguntaron por Herbert Marcuse. Se les dijo que no se le había invitado.

Discusión ideológico-política

El comienzo del Congreso tuvo lugar pocos días después de los sucesos de Checoslovaquia. La atmósfera tensa buscaba desembocar en una controversia sobre la teoría y praxis del marxismo. La ocasión la brindó el coloquio sobre Marx y la filosofía contemporánea. Con el auditorium en pleno, el filósofo ruso Teodoro Oisermann se refirió a lo que calificaba de tendenciosas interpretaciones del marxismo. Se habla, dijo, de la sociedad sin clases existente en Suecia e Inglaterra, se atribuyen a Marx utopías que nunca fueron afirmadas por él.

La posición de Oisermann era definitivamente defensiva y fue el inicio de una controversia sobre las diferencias ideológicas dentro del marxismo. El yugoslavo Stojanovic subrayó que el concepto de historia en Marx oscilaba entre la dialéctica y la utopía. Afirmó que era necesaria una crítica por el bien mismo del sistema y que convenía que hubiera diversidad de interpretaciones. En una clara alusión al caso checoslovaco dijo que más daño le han hecho al marxismo sus propios partidarios, sobre todo desde el poder, que los mismos enemigos. (Aplausos.)

Pocos checoslovacos de los numerosos anunciados pudieron asistir. Mas los que al cabo se hicieron presentes demostraron intrepidez. La señora Vera Skorepova fue uno

de éstos. En su intervención recordó las malogradas predicciones de Marx acerca de la historia. En efecto, el comunismo no se produjo, como pensaba Marx, en los países más industrializados; más aún, en los países comunistas se ha establecido un monopolio capitalista ante el que los obreros están indefensos y carentes del derecho de huelga.

Con admiración fue escuchado Edmundo Ekesiobi, natural de Biafra (1), con residencia en Checoslovaquia. ¿Quién es el legítimo intérprete del marxismo?, preguntó Ekesiobi. ¿Será Rusia, China o Checoslovaquia? Respondiéndose a sí mismo, dijo que ningún filósofo individual ni ningún país puede asumir el derecho de una interpretación autoritativa. Menos aún puede imponerla con la fuerza de las armas.

Un diálogo que no existió

Esta crítica dejó patentes las diferencias ideológicas en el campo marxista. Ya que no había el recurso ante una autoridad, ¿tal vez el diálogo podría componer las diferencias? El amable presidente del Congreso, el filósofo austríaco Leo Gabriel se esforzó en coordinar un intercambio ideológico entre rusos y checos. Su papel de mediador resultó vano. Su propuesta fue rechazada violentamente por Fedossejew, jefe de la delegación rusa, con este improntu: Señor Gabriel, ¿ha leído usted en algún aparte que existan diferencias ideológicas? A continuación, negando implícitamente la te-

(1) El problema de la guerra de Biafra suscita en Europa hondos sentimientos. Se constata la frustración de la era africana post-colonial. Las nuevas unidades políticas que emergieron combaten al tribalismo, pero con lo inhumano de la tribu. Se encuentran en las ciudades de Europa grupos de jóvenes que realizan colectas por Biafra. Hay determinación y amarga seriedad en sus rostros. Son frecuentes las conferencias cerradas y manifestaciones públicas sobre el tema de Biafra. En las iglesias y edificios públicos se ven enormes y conmovedores afiches que presentan los efectos de tan terrible guerra de hambre. ¿Por qué la conmoción? ¿Es una sociedad opulenta que se cree culpable de omisión si permanece indiferente ante el hambre de otros pueblos? ¿O existe cierto desengaño de la política subyugadora y, por lo tanto, se reconocen los derechos de las naciones —unidades étnicas— frente a las artificiales unidades políticas derivadas del colonialismo? Por todo este fondo emotivo se comprende el impacto que produjo la exposición de Edmundo Ekesiobi.

sis marxista de la vinculación entre la teoría y la práctica, entre la ideología y la política, se quejó de que "se nos está obligando a tomar una posición en cuestiones políticas".

El empeño de disociar a la filosofía de la política desconcertó a los estudiantes vieneses, que han despertado a la consideración de los problemas actuales y reales. Con toda razón se extrañaron de que los discípulos de Marx, al conmemorar el 150º aniversario de su nacimiento, no hicieran honor al famoso dictum de que la tarea del filósofo no es contemplar al mundo, sino cambiarlo. El diálogo no tuvo lugar, en gran parte, debido a la intransigencia de los representantes soviéticos, quienes siguieron estrictamente la línea que se les había trazado de antemano.

La posición rusa de mantener las discusiones en el plano teórico encontró gran apoyo de parte del conocido anti-stalinista polaco Adam Schaff, quien presidía el coloquio sobre Marx. El primer día advirtió que el debate filosófico no debía convertirse en debate político y exhortó a la serenidad. Mas cuando al segundo día los estudiantes distribuyeron hojas volantes y ocupando los puestos más estratégicos pedían a los congresantes que fijasen su posición respecto al caso checo, Adam Schaff los apostrofó: "Guárdense su revolución para ustedes. Nosotros queremos solamente conmemorar el aniversario de Marx. Este es nuestro Congreso. Ustedes no debieron estar aquí. Es una vergüenza. Todo el mundo sabrá que los estudiantes socialistas de Viena buscaban impedir un coloquio sobre Marx."

La asamblea estudiantil

La patética intervención de Schaff no detuvo a los estudiantes. Alentados por el joven filósofo holandés del diálogo Bernardo Delfgaauw, organizaron paralelamente al Congreso una magna asamblea estudiantil a la que asistieron como observadores el mismo Leo Gabriel, el vicepresidente del Congreso, Heintel, y numerosos congresistas. Se re-

dactó una resolución condenando las agresiones a Checoslovaquia y a Vietnam. A petición del público, la resolución fue leída también en ruso, entre muchos aplausos, y fue pasada entre los congresistas para ser firmada.

Fue criticada la inhibición de los filósofos en materia política. Fue denunciado el carácter del Congreso mismo de ser excesivamente en forma de diálogo. Se habían leído cerca de 800 disertaciones, una tras otra, sin apenas dar lugar al intercambio de ideas. El torrente de palabras que fluye en un solo sentido refleja, para los estudiantes, la situación misma de las universidades europeas donde prevalece el autoritarismo académico, al que se le considera arcaico.

El Congreso mamut se ahogaba en su propia inmensidad. Tal vez el último congreso de este tipo. La Federación de Sociedades de Filosofía volvió a elegir a Gabriel como presidente y le encomendó la tarea de preparar para dentro de cinco años el próximo Congreso, que tendrá lugar en la India o Brasil. Gabriel ha reconocido las fallas inherentes al gigantismo —el Congreso fue llamado "feria" y "producto de la industrialización de la cultura"— y recomendó la forma de la concepción tradicional de los Congresos. Posiblemente se delimitarán los temas y así se evitará la dispersión y habrá más tiempo para una discusión sosegada y fructífera.

¿Hacia dónde va la filosofía?

Se observan estos "signos" en la filosofía actual y tal vez se mantengan en el próximo decenio:

—La filosofía universitaria, la que se cultiva desde la cátedra, cederá, por lo menos en Europa, a la filosofía de ensayo desde el periódico y las revistas. El papel de la "cátedra" de filosofía va ocupando un segundo o tercer lugar detrás de la sociología y las ciencias de comunicación.

—Se presiente la gestación de un nuevo socialismo. Marx está siendo considerado más como iniciador que como modelo. Los partidos y las na-

ciones reclaman cada vez más autonomía en la exégesis de Marx y en su aplicabilidad a las cuestiones contemporáneas. Del contraste de las diversas ideologías "marxistas" se vislumbra la posibilidad de un nuevo socialismo, pero socialismo al fin (2).

—Se cultivará la filosofía de la técnica. Los problemas planteados por la cibernética recibirán mayor atención y se les enmarcará dentro de la problemática más vasta de la planificación y de comunicación.

—La metafísica tomará cada vez un carácter provisorio. Figurarán en primer plano las cuestiones relacionadas con el punto de partida de la metafísica. Los filósofos alemanes lo buscan en un contacto preconceptual con el mundo. Se han señalado cuatro regiones "mundanas" cuatro: el trabajo, la lucha, el amor y la muerte (Fink). La relación con el mundo, cambiante y siempre limitada, determina la provisoriedad de la metafísica (Coreth).

—La fenomenología existencial seguirá reduciéndose al círculo pequeño de sus seguidores. El carácter individual del existencialismo no lo hace el más apto para abordar los problemas colectivos, que serán los más acuciantes.

—La Iglesia se pondrá al lado de los innovadores. Los clérigos han mostrado mayor apertura al diálogo que muchos de los laicos. El cristianismo del filósofo creyente se traduce en una sinceridad transparente.

—Las naciones del tercer mundo serán el lugar donde entren en escena audaces filósofos independientes, quienes a su vez podrán mediar en el diálogo.

—El tema principal del diálogo seguirá siendo el humanismo, sobre todo en su dimensión social.

(2) El lugar donde se está incubando este nuevo socialismo está ciertamente fuera de Rusia. Recordemos la diagnosis de E. Bloch al comparar la toma de conciencia de la juventud occidental con la línea rígida y manifestaciones bélicas de Rusia. Si uno ve, dice Bloch, a un joven a quien se creía enfermo moverse con agilidad, y al otro que parecía sano lo ve dando golpes sin ton ni son a su alrededor, entonces falla la teoría. Esta desilusión acerca de la madurez política de Rusia proviene de un Bloch quien está convencido de que el futuro pertenece al socialismo.